

XPLORATORIUM



Bogotá DC, No. 11. mayo de 2020.

DEL POLIAMOR
Y OTROS DEMONIOS





DEL POLIAMOR Y OTROS DEMONIOS (...)

Por: Alba Centauri
@poliactivismo

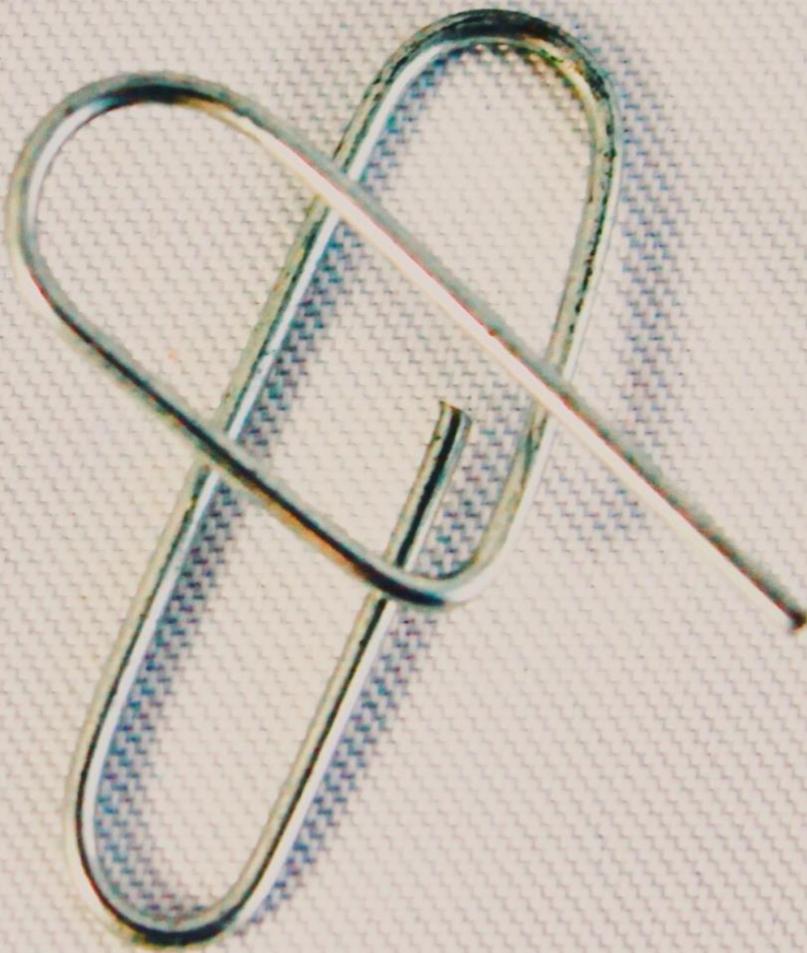
La Ascensión

Conocí el poliamor con 26 años, mayor que gran parte de la gente que viene ahora a mis talleres a aprender sobre el tema. Estaba terminando una maestría en Cooperación Internacional para el Desarrollo cuando una amiga muy involucrada en el ambiente feminista y de activismos bisexuales de la ciudad me habló sobre ello por primera vez. Era jueves, después de clase, y nos quedamos como hacíamos habitualmente a tomar algo en el bar frente a la universidad junto a varias otras compas del curso. Yo bebía un refresco de limón, sin gas, pues había dejado el alcohol casi dos años atrás. Entre bromas y risas salió en la conversación la pregunta sobre nuestra posición respecto al matrimonio. Contesté ante al menos 10 personas que yo no tenía la necesidad de que el Estado validase mis relaciones íntimas, entendiendo aun así la importancia de reconocer legítimas aquellas uniones históricamente negadas. Una compañera, abogada, mencionó su deseo de saber con ese contrato que la otra persona juraba lealtad para toda la vida. Ante mi respuesta sobre la posibilidad de hacernos esa promesa sin notarías, insistió que ella quería reafirmar su posesión sobre la vida ajena. Fue así como expliqué que yo **estaba en una relación abierta** y no compartía ninguna de esas creencias. "Yo no podría", escuché a varias personas decir; por primera, pero no última vez.



Caminando al metro, mi amiga me dijo que no prestase atención a sus juicios; que los acuerdos pactados entre mi pareja y yo eran únicamente asunto nuestro. Me preguntó si teníamos una relación poliamorosa, y ante mi confusión me comentó que había una asociación en Madrid donde se dictaban talleres y charlas. "Os podría servir," afirmó antes de despedirnos.

Al llegar a casa, me puse a investigar compulsivamente. Poliamor. Mi pareja y yo llevábamos casi tres años cohabitando. Cuatro en total de relación contando el tiempo que pasamos, desde la distancia y de forma esporádica, a veces charlando o deseándonos y otras no. Sin etiquetas. La relación comenzó como un polvo de verano. El acuerdo de no-exclusividad apenas unas palabras después de pedirme vivir juntas: "Sé cómo eres, así que por mí puedes seguir haciendo lo que te apetezca". Frase que con el tiempo se había moldeado por la costumbre y el entorno. Una noche, bastante ebria, le conté a su hermana sobre ese pacto y me amonestó: "Él te dice eso porque te quiere y sabe que eres muy zorra, pero si lo haces le va a doler. Y como le hagas daño, te mato". Él me increpó haber revelado nuestra intimidad, y la búsqueda de apertura se fue dando entre nosotres a puerta cerrada. Le contaba cuando me atraía alguien. Traté que explorásemos un bar *swinger*. Me descargué Tinder.



Con la avalancha informativa sobre el poliamor, caí en cuenta que **nos faltaban herramientas para poner en práctica el asunto. Acuerdos, límites.** Le propuse ir a un evento y se negó. Quise saber, "¿si me veo con alguien de la aplicación, ¿cuánto deseas que te cuente?" Y se enfadó. Entonces, un día tras haber notado ya cambios grandes en su atracción por mí, le pregunté si seguía deseando estar conmigo. Me dijo que no. Ya no me quería. Y terminamos.

A dos amigas de la universidad sí les sonaba la idea de ir a un taller sobre poliamor. Así que, una semana después, estábamos las tres charlando sobre... Cuidados, ¿puede ser? Una persona masculinizada, con preciosos ojos azules, labios rojos y falda, presentó el taller. Sólo por volverle a ver asistí a varios eventos más en los meses siguientes. Y acabé en su cama, pero también en su muestra de fin de curso de acrobacia. Me acompañó a un concierto y organizó una clase de *shibari* sólo para las dos. Él me llevó, casi sin conocernos, a casa de mi mejor amigo para que pudiese cuidarle en mitad de una crisis de paranoia. Conocí también, tras un taller sobre celos, a una mujer que me acompañó a explorar el bar *swinger* al que tantas ganas tenía de ir. Voluptuosa, sensual a más no poder y dominante como ella sola.

De esta forma entré por primera vez en el paraíso del poliamor. Estaba dichosa con tanta abundancia.







el É X O D O

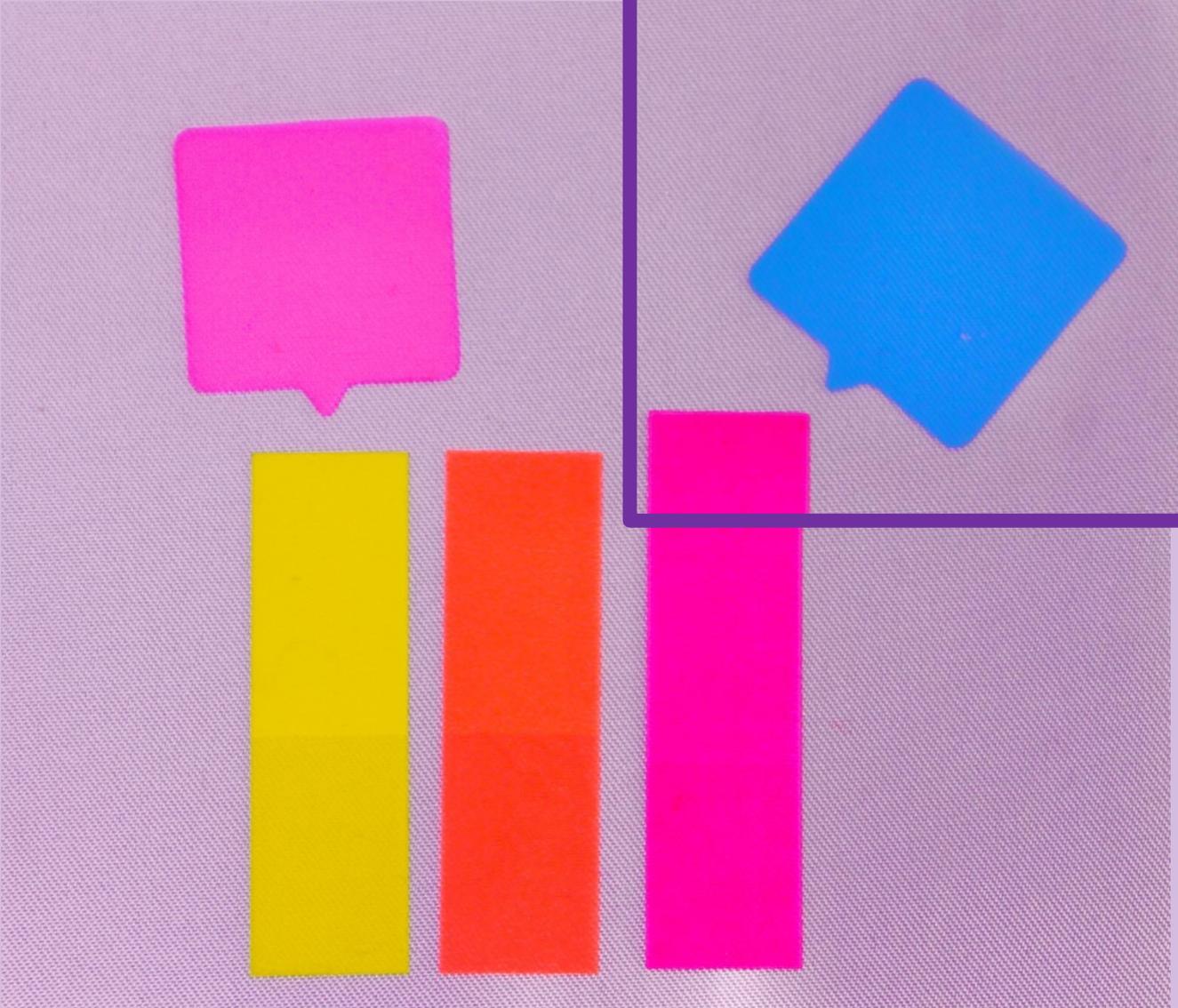
Mi disfrute no duraría mucho. Al terminar la maestría había decidido regresar a Colombia, donde mi madre y yo nos instalamos hace ya 14 años, allí encontraría mayores oportunidades para realizar el trabajo social que me apasiona. Todos estos descubrimientos afectivos no paliaban el hecho de encontrarme en mitad de un duelo amoroso. Empezaba a sentir que no daba más de mí. Él y ella querían verme a diario y yo aún sentía una vergüenza implacable al decir en voz alta que era otra cita lo que me impedía hacerlo. Tampoco sabía cómo darme tiempo a mí misma, para dormir o llorar la tusa, cuando deseaba tanto disfrutar estas relaciones nuevas. Finalmente, llegó el momento de volver y creí que todo quedaba ahí. Atrás.

Los primeros meses en Colombia pasaron rápido. Realizando un voluntariado en Quibdó, conocí a alguien en un vuelo a Bahía Solano que insistió en seguir charlando. Después de tres años en Europa no entendía bien las dinámicas de cortejo pero lo intenso me resultó gracioso. Las llamadas diarias. Los mensajes a toda hora. Las relaciones que había comenzado en España me dieron una lección de poliamor, de las más valiosas que he aprendido hasta ahora: la no monogamia consensuada facilita mucho más mantener estos vínculos que pueden llegar a ser muy valiosos. Mi anterior relación a distancia, monógama, representó aislarme de otras personas; horarios estrictos de llamadas y angustia por no estar cerca. Con ellos dos no había expectativas preconcebidas ni obligaciones desmesuradas, porque teníamos la tranquilidad de no ser la única fuente de afecto y cariño del otro.



Ya en Bogotá, quise ser clara con el chico del avión que había comenzado a ver frecuentemente. Le conté sobre el poliamor y me dijo que no le interesaba. Estaba dispuesto a hacer tríos (sólo con otra mujer cis) y sin mucha convicción me dijo que yo podía explorarlo por mi cuenta. **Acordamos que la relación sería exclusiva por el momento. Sin embargo, mis ideas de lo que constituye una "infidelidad sexual" eran distintas a las suyas.** Fallamos al no poner eso en claro. Pues en un taller de *bondage* no consulté ni acordé con él si se sentía cómodo viéndome ejercer como modelo. Aunque estaba completamente vestida y para mí existe una diferencia grande entre actos como ese (pedagógicos, entretenidos, pero no eróticos) y la intimidad del juego; para él significó algo más. Entendí que no habría punto de encuentro en nuestras versiones tras negarme que sus gritos y su enojo eran a causa de la situación. Terminamos y **reconocí que necesitaba encontrar parejas conformes con mi no exclusividad.**

Exploré Tinder unos meses más. Después de varios "yo no podría" y un supuesto poliamoroso que resultó siendo acosador después, comprendí que era necesario un espacio propio. Fundé Poliamor Bogotá en diciembre de 2016, motivada por mi profunda necesidad de encontrar otras personas con las que aprender a moverme en este mundo de las relaciones no exclusivas. Convencida de que no podía ser la única que pensara de esta forma y sólo hacía falta un faro para llamar a la juntanza, un faro seguro para investigar colectivamente los problemas comunes a nuestra práctica.



el CALVARIO

Nunca imaginé que el Poliactivismo llegaría a ser lo que hoy es. Referente. Un puesto que conlleva una inmensa responsabilidad cada vez que me piden representar el poliamor, con toda su variedad, en podcasts o revistas. Cuando hice el primer evento, no sabía que el poliamor traía con su discurso una carga activista tan fuerte. A medida que leía, investigaba y aprendía para poder ofrecer un espacio cada vez más útil virtual y físico a la comunidad, fui descubriendo que la propuesta de la no monogamia consensuada para las relaciones sexo-afectivas iba mucho más allá de la práctica. Es en definitiva, una filosofía política. Una propuesta ética de cómo hacer mejor los vínculos íntimos. Un nuevo paradigma muy explícito con normas concretas sobre lo supuestamente más... ¿Más qué? Aún no está claro. Alguna gente cree que es más saludable, consciente o evolucionado. No sé. Pero con esos principios de honestidad, consenso y responsabilidad abanderados el poliamor se posiciona firmemente como la nueva utopía a alcanzar. No nos sirvió el "para siempre" o la "media naranja" entonces reinventamos los ideales.





Lo más difícil para mí fue comprar esta brillante promesa. Y ver que tampoco era alcanzable o real. Más allá de la obviedad de nuestras subjetividades en la definición de lo que puede significar decir la verdad, llegar a un compromiso o cuidar; **me encontré con las mismas dinámicas de siempre colándose por cada rincón destinado a la inclusividad.** Una compañera que predicaba a mi lado las virtudes de consensuar siempre de forma transparente que la relación será abierta, me contó que había sido amante por mucho tiempo de un hombre casado. Ante mi irritación por la hipocresía, su solución fue no compartir conmigo más. Un compañero insistente en que quien representase el movimiento poliafectivo debía ser ejemplo intachable de todos los valores predicados resultó incapaz de responsabilizarse por sus propios actos de violencia y agresión, aun disfrutando de realizar entrevistas a medios siempre que existía la oportunidad. Otro, con el discurso mejor aprendido que cualquiera de nosotros, rompía el acuerdo de exclusividad sexual que había pactado con su pareja primaria y hasta aprovechaba los talleres para coquetear con menores de edad.

Reconocí así de duramente que el cisheteropatriarcado, el capacitismo y otras estructuras de opresión no quedaban fuera de la comunidad por repetir palabras bonitas. El amor, así como los cuidados que de él derivan, es un sentimiento construido en un contexto cultural con roles de género concretos que no podemos obviar. Por eso, ahora soy consciente que **un mundo donde las relaciones poliafectivas funcionen para todes requiere de un activismo interseccional**. Fluir, "lo natural" o no desgastarse hablando tanto son estrategias que sólo nos llevan al lugar de siempre. Cuestionar el *statu quo* es incómodo. Desmontar la normatividad requiere atención y tiempo. Crear y vivir relaciones fuera del guión hegemónico implica deseo, sí, pero también esfuerzo y trabajo para bajarnos de nuestros privilegios y dejar de reproducir los sistemas de sometimiento políticos en la esfera personal. Y esto, más que los celos, es el verdadero demonio del poliamor.

Hoy, después de cuatro años identificándome como anarquista relacional, concluyo que apenas he comenzado a dar los primeros pasos en este trayecto. He aprendido a mimar relaciones de amistad y de familia que antes hubiera dado por hecho, honrando los acuerdos y las necesidades de cada vínculo específico. He ampliado mis horizontes eróticos más allá de donde creía posible, aunque insisto que lo importante es cómo se hace y no con cuántos. Pero aún me queda mucho por entender sobre las diferencias entre mi forma de cuidar y las de otros, para no sentirme tan abandonada o rechazada cuando estas no coinciden. Y sigo tratando de comprender por qué priorizamos el *amor enamorado*, incluso en las propias comunidades poli; pese a ser competitivo, machista y doloroso.





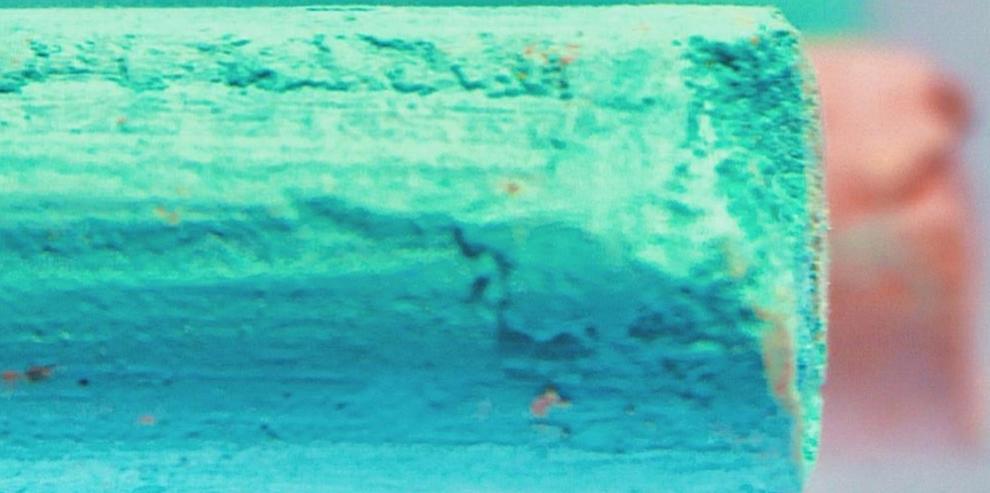


















DEL **POLIAMOR** Y OTROS
D E M O N I O S





En este número:

Texto Editorial:
ALBA CENTAURI
@poliactivismo

Equipo creativo
Xploratorium Colombia:

SANTIAGO HERSÚ
@s.hersu

JULIANA JIMENEZ
@julianajiro

JULIAN FRIEDE
@julianfriede

Mentor & photo:
FABIAN TELLO TORRES
@tello_torres

#XPLORATORIUMCOLOMBIA
#XPLORATORIUMCOLECTIVO

Bogotá DC. -2020-